

12. Terminemos por donde comenzó este discurso: volvamos al sitio del sagrado banquete. ¡Qué nuevas delicias nos ofrece por este aspecto la venerable Eucaristía! Cristo abre de par en par las puertas de su palacio, convidando á todos los hombres á sentarse á su mesa en que *todo está preparado*¹ para satisfacer á todos: *Venid y gustad... tomad y bebed todos*². ¡Ved, pues, reunida á la mesa de Cristo toda la familia cristiana como en los días clásicos del hogar; y no sólo asisten á ella los viadores para proveerse de viático de la eternidad, sino que bajan también á acompañar y festejar á los moradores de la tierra los ángeles del cielo y les dicen: «No tenéis por qué envidiarnos, pues gozáis del mismo alimento que nosotros.» Lo sabemos, sí, carísimos hermanos, lo sabemos por la fe de la presencia real de Cristo Dios en la Eucaristía; y, sin embargo, ¡son tan muertos nuestros deseos, es tan frío nuestro corazón para este manjar suavísimo! ¡Cuántos hay que, como los ingratos israelitas, lo desdeñan, y no se acercan jamás á recibirle! ¡cuántos, que le reciben con espantosa tibieza! ¡cuántos, en fin, que le profanan sepultándole en un pecho criminal, sepulcro henchido de corrupción! Acerquémonos á Jesucristo que, como madre tierna, quiere alimentarnos con su propia sangre; pero acerquémonos con viva fe, con abrasado corazón, con labios puros, y hallaremos, mejor que Sansón en el desierto³, riquísimo panal de miel, que nos hará gustar anticipadamente las dulzuras que Dios nos tiene reservadas en el festín eterno de la gloria. Así sea.

¹ Matth. 22, 4.² Ibid. 24, 27.³ Iud. 14, 8.

SERMÓN OCTAVO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

La adoración reparadora del SS. Sacramento.

Venite, adoremus et procidamus [ante Deum].
Venid, adoremosle y prosternémonos delante
de Dios.

Ps. 94, 6.

1. Un Dios oculto en nuestros sagrados tabernáculos, velando día y noche por amor á sus queridos hijos, como la tierna y abnegada madre vela y se desvela por sus pequeñuelos, no podría menos de atraer por millares los adoradores de su majestad, los amantes y reconocidos corazones, en quienes la llama de la gratitud no se hubiese extinguido totalmente. Esto, que á primera vista ocurre como tan razonable tributo de amor á Jesucristo en el trono de su ternura, no es, sin embargo, carísimos hermanos, lo que en realidad sucede. Por la más triste desventura, la gratitud no abunda sobre la tierra, y todavía menos respecto de Aquél para con quien nunca debiera menguar, para con el amable Jesús sacramentado. La soledad de Jesucristo durante largas horas del día y de la noche es un hecho lamentable, al cual ha querido ocurrir la piedad acendrada de un buen número de almas fervorosas, lastimadas en lo vivo por la ingratitud de que es objeto el Salvador; y á este efecto, agrupándose al pie de los altares, han jurado no desamparar del todo al divino Prisionero del Sagrario, venir con la mayor frecuencia á visitarle, no ya por brevísimos instantes, sino por todo el tiempo que les fuere permitido consagrar á tan dulce como santa ocupación. ¡Bendito pensamiento, lleno de amor y de justicia, el que ha fundado en la Iglesia católica la institución llamada de la *Adoración perpetua* enriquecida con tesoros

de gracias! ¡Bendito el día que ese pensamiento tuvo su realización entre nosotros! Hoy recordáis con la solemnidad de los grandes recuerdos el día del año pasado en que se instituyó también en este templo, precisamente el día destinado á dar solemne culto al glorioso Patrono de los hospitales cristianos, al Padre de esta casa y Titular de esta iglesia, San Juan de Dios.

2. Para solemnizar, pues, tan fausto aniversario y alentar á los adoradores de Jesús sacramentado á llevar adelante esta piadosa empresa, quisiera haceros ver cuán útil, digna y santa es la adoración de Jesús delante del trono de la sagrada Eucaristía, y cómo se eleva su perfume hasta el cielo en el incensario de oro de vuestras fervientes preces, mejor que el humo del fragante incienso que se quema delante de nuestros altares. Para demostrarlo me bastará considerar al mismo Jesucristo como modelo de oración en el Santísimo Sacramento, y esta será la primera parte de mi discurso; y, pasando á la segunda, os la presentaré como objeto dignísimo de nuestra adoración. María, la más perfecta adoradora de Jesús, nos alcanzará las luces del Espíritu Santo de que necesitamos, si reverentes la invocamos saludándola con las palabras del Ángel: *Ave María*.

I.

3. ¿Qué fué toda la vida de Cristo Señor nuestro sino una continuada y altísima oración? Lo que afirma el Apóstol refiriéndose particularmente al tiempo de su Pasión acerbísima, *que en los días de su mortalidad ofreció ruegos y súplicas fervientes con gran clamor y lágrimas á Aquél que podía salvarlo de la muerte*, ¿por ventura no puede, no debe entenderse de todo el tiempo de su vida: *in diebus carnis suæ*¹? ¿En qué

¹ Hebr. 5, 7.

día, en qué momento de toda ella, desde el Pesebre hasta el Calvario, no vivió orando Jesucristo, Pontífice siempre, desde que entró en el mundo hasta que consumó su sacrificio en el *Sancta Sanctorum* de la Cruz, ¿qué digo? hasta el fin de los siglos y aun por toda la eternidad¹? Jesús oró desde el instante en que *el Verbo se hizo carne*²; y el seno virginal de su Madre santísima fué el primer altar donde ofreció su oración. *Aquí estoy ¡oh Dios Padre! para hacer y cumplir tu voluntad*³. Oró luego en el Portal de Belén, oró en el templo á los cuarenta días de nacido, oró en Egipto, oró en Nazaret, en Jerusalén, en todas partes, de día y de noche, en el desierto y en el huerto, en el Cenáculo y en el monte Olivete, y sobre todo, en el monte santo por excelencia, en el monte de la mirra y *en el collado del incienso*⁴, donde consumó, con la más alta oración, el más precioso y augusto de los sacrificios. Oró en la Cruz hasta por sus mismos verdugos, por los transgresores de su ley⁵. Pues bien, hermanos míos: ¿no orará también en el altar, en el ara de su eterno y perenne sacrificio? ¿No es acaso la adorable Eucaristía el memorial de todos los pasos y misterios de su vida? ¿No es Belén y Nazaret y el Calvario todo junto, ó, como si dijéramos, en místico y brillante panorama? Porque aquí no solamente se conmemora su Pasión⁶, sino que se reflejan al vivo todos los divinos paisajes de la existencia terrestre de nuestro Salvador, del propio modo que se compendian todos los prodigios obrados para nuestra salvación⁷. Pero ¿qué digo, se reflejan?

¹ Sacerdos in æternum (Ps. 109, 4).

² Io. 1, 14.

³ Hebr. 10, 7. 9.

⁴ Cant. 4, 6.

⁵ Is. 53, 12.

⁶ Recolitur memoria Passionis eius (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

⁷ Memoriam fecit mirabilium suorum (Ps. 110, 4).

¿No es de fe que en el altar se reproduce, se reitera en toda su realidad el sacrificio del Calvario, la inmolación de la Cruz? ¡Ah! sí, cristianos; estar delante del trono eucarístico es lo mismo que encontrarnos delante del trono de la misericordia en la cima del Calvario¹. El sacrificio del altar, renovado á cada instante sobre toda el haz de la tierra, no es otro que el gran sacrificio ofrecido una vez por todas en la Cruz para redención del género humano². Así, pues, como oró el Pontífice de los bienes eternos en el altar de su cuenta inmolación, así ora sin cesar en todos los altares de su inmolación incruenta. Y ¿qué oración más excelente ni más sublime que el acto mismo de inmolarsé á la divina Majestad como víctima propiciatoria por los pecados de todos los hombres? ¿Hay oración más subida, ni más acepta á Dios que el mismo sacrificio?

4. Pero veamos cómo ora Jesucristo en el altar. ¡Oh! ¡qué modelo inimitable de oración! ¿Quién podrá discurrir debidamente acerca de la oración perfectísima del Hombre-Dios en el Santísimo Sacramento? Ya sea que consideremos la materia, ya el modo de esta oración, hallaremos que es nuestro modelo, siquiera seamos incapaces de acercarnos á su perfección, más encumbrada que las nubes del cielo. Nube es la oración, al decir de los Santos; mas ¿quién alcanzará á calcular la altura de la nube de la oración del Salvador, más aproximada al cielo que lo están esas resplandecientes nebulosas ó nubecillas de estrellas? La materia no es otra en realidad que la que el mismo soberano Maestro dictó á sus Apóstoles cuando les enseñó á orar³; pero ¿quién, como Jesús en la Eucaristía, anhela tan vivamente y suspira

¹ Hebr. 4, 16.

² Ibid. 10, 14.

³ Matth. 6, 9 sqq.

por la santificación del nombre de Dios, por el advenimiento de su reino á la tierra, por el cumplimiento de su voluntad? ¿Quién, como Él, ha abarcado en su oración todos los bienes que puede el hombre pedir á Dios su Padre, ya en el orden espiritual, ya en el temporal? ¿Quién, como Él, es capaz de comprender todo lo que estos objetos significan, la gloria del nombre de Dios, el bien cabal del hombre en el tiempo y en la eternidad? ¿Quién, como Jesús, sabe pedir estos bienes?

5. El Apóstol San Pablo nos enseña, hermanos carísimos, cuatro actos ó modos de oración, prescribiendo su práctica á los fieles. *Encargo*, díceles, *como lo primero de todo que se hagan obsecraciones, oraciones, peticiones y acciones de gracias*¹. He aquí los actos más excelentes en que puede ejercitarse la oración: alabanza y glorificación de Dios, que es la oración por excelencia, en cuanto en ella levántase el espíritu á Dios para glorificarle por su suma grandeza; acción de gracias por sus infinitos beneficios; peticiones, pidiéndole otros de nuevo; y, finalmente, obsecraciones, alegando títulos para que nos conceda lo que le pedimos². Pues, ¿qué manera de éstas no abraza perfectísimamente la incesante oración de nuestro amable Salvador en el altar? ¿No está allí glorificando y ensalzando al Ser divino y sus inefables atributos? ¿No está allí como arrobado en altísima contemplación, mirando cara á cara y de hito en hito, mejor que los bienaventurados, como comprensor beatísimo, el rostro de su Padre celestial, y repitiendo aquel *Bendígote, Padre, Señor del cielo y tierra*³, que, rebo-

¹ 1 Tim. 2, 1. 3. 4.

² *La Puente*, Guía espirit. t. I, cap. 12.

³ Luc. 10, 21.

sando de gozo en el Espíritu Santo, hacía resonar en los oídos de sus discípulos? ¿No está allí rindiendo á su Padre acciones infinitas de gracias, como solía hacerlo en la tierra, cuando, alzando al cielo los ojos, decía: *Padre mío, gracias te doy, por que me has oído*¹? ¿No está finalmente alegando en favor nuestro los méritos de su obediencia y de su caridad, para impetrarnos mercedes y gracias? ¡Ah! sí; lo mismo que en el cielo, Jesús está vivo en el tabernáculo eucarístico, siempre ocupado en interpelar por nosotros². Ahí está, como en el Huerto de Getsemaní, orando, no una sino tres y mil veces, no ya para que *pase de sí el cáliz* amarguísimo de su Pasión³, sino, según autorizadas interpretaciones⁴, para que *se extienda á nosotros* el cáliz de las bendiciones del cielo, y podamos gustar el de la bienaventuranza, mediante la participación de sus dolores. Ahí está bañado en su propia sangre que corre hasta la tierra, moviendo á compasión las entrañas piadosísimas del Eterno Padre con tan lastimero espectáculo, á fin de desarmar su brazo justiciero armado á la venganza contra nosotros, desventurados pecadores, y haciendo que de la misma tierra, empapada en la sangre divina, suba un grito más penetrante que el de la sangre de Abel, clamando misericordia, y no justicia⁵. Ahí está, en fin, el divino Salvador, glorioso sí, como lo está á la diestra del Padre, pero no cerradas aún las nobles cicatrices de sus llagas de pies, manos y costado, para mostrarlas constantemente á la Majestad divina y obligarla con tal vista á concedernos cuanto le pidamos.

¹ Io. 11, 41. ² Hebr. 7, 25. ³ Matth. 26, 39.

⁴ *Hilar.*, Comm. in Matth. cap. 31, n. 7—8.

⁵ Hebr. 12, 24.

6. Tal es, amados fieles, toscamente bosquejada la oración de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, considerada principalmente en cuanto á la materia. Por lo que hace al modo y condiciones excelentísimas de esta oración-modelo, pudiéramos, sin temeridad, aplicarle las cuatro dimensiones ó excelencias que el Apóstol San Pablo manda considerar en el misterio de la Redención, contemplando piadosamente la *profundidad* y *altura*, la *longitud* y *latitud* incalculable de la oración del Hombre-Dios sacramentado¹. ¡Qué profundidad, ó digamos más claro, qué humildad tan profunda la que sirve de base á la oración de Jesucristo! Pues, si por una parte sabemos que *la oración del humilde atravesará las nubes*², por otra nos dice el Apóstol que *nuestro gran Pontífice, Jesús, Hijo de Dios, penetró hasta los cielos*³, sin duda con la fuerza irresistible de su oración. Si el Real Profeta arrancaba el clamor de su plegaria de lo más hondo de su ser⁴, abatido ante la grandeza del Señor, ¿de qué profundidades de abatimiento no se elevaría al cielo aquel *fuerte clamor* con que oró nuestro divino Redentor expirante en la cruz? ¿No le vemos en Getsemaní postrado en tierra, hasta pegar el rostro con el polvo, y en esta humildísima postura permanecer largo tiempo en altísima oración? Y aquí en la Eucaristía ¿puede estar Jesús más humillado, puede subir de punto su anonadamiento? Esto es lo que llamo la profundidad de la oración de Jesús sacramentado. Y es visto que á la medida de esta profundidad ha de corresponder la altura: *penetró los cielos*. ¿Puede subir más arriba la oración? Altísima se llama la que llega á engolfarse

¹ Eph. 3, 18. ² Eccli. 35, 21. ³ Hebr. 4, 14.

⁴ De profundis clamavi (Ps. 129, 1).